

ANAQUEL

FERNANDO CALDERÓN

Por Francisco MONTERDE

ACABA DE CUMPLIRSE el 150º aniversario del nacimiento del poeta y dramaturgo Fernando Calderón Beltrán, quien de ascendientes zacatecanos vino al mundo —según ha podido precisarse— el 26 de julio de 1809, en la ciudad de Guadalajara, que entonces formaba parte aún de la Nueva Galicia y ahora es la capital de Jalisco.

Puesta la atención pública en otras conmemoraciones —entre ellas, en el campo de la literatura, la del inminente centenario del natalicio de Manuel Gutiérrez Nájera—, dejamos pasar la fecha, hasta hace pocos años ignorada por muchos, sin recordar ese aniversario.

A más de un siglo de la muerte de Fernando Calderón —registrada el 18 de enero de 1845, en la villa de Ojocaliente, Zacatecas—, es oportuno hacer una revisión de los juicios que en torno a su obra emitieron, desde el siglo pasado, escritores de México y de otros países.

Entre los primeros que se ocuparon de él, cuando aún vivía, se contó el poeta y crítico de Cuba, tan vinculado con la tierra mexicana, José María Heredia. Fernando Calderón recibió del introductor del romanticismo en Hispanoamérica, oportunas orientaciones que lo estimularon al señalarle, a la vez, aciertos y errores, en su obra incipiente, a raíz de publicadas sus primeras poesías.

También lo alentó con frases encomiásticas, el primero de sus prologuistas: Manuel Payno. Después de escribir un artículo sobre *Ana Bolena* —a los cinco días de haberse estrenado el drama en el Principal, el 14 de enero de 1842—, en *El Siglo Diez y Nueve*, trazó Payno el prólogo de las *Obras poéticas*, fechado en Zacatecas en agosto de aquel mismo año.

Escribieron alabanzas de sus obras, cuando aún vivía el autor, los cronistas y críticos que presenciaron las primeras representaciones de algunas de ellas, como el cronista de *El Apuntador*, que habló de su “bien seguido diálogo” y de la “multitud de hermosas escenas”, al estrenarse *El Torneo*, en la inauguración del teatro de Nuevo México, el 30 de mayo de 1841.

Alguna vez hubo censuras y ataques dirigidos contra alguno de sus dramas, como los que aparecieron en *El Español*, de México, al estrenarse aquí *Heremán o la vuelta del cruzado*, también llevado a escena en el teatro Principal. Guillermo Prieto defendió calurosamente la obra, de las supuestas inmoralidades que contenía, en las columnas de *El Siglo Diez y Nueve*.

A Payno y a Prieto —ambos más entusiastas en sus elogios que certeros en sus juicios—, se debieron algunos errores acerca de la vida del escritor, seguidos después por la mayoría de sus biógrafos, como aquel de afirmar que, heredero del título de Conde de Santa Rosa, Fernando Calderón no lo usó jamás, debido a sus ideas liberales.

Fidel se dejó llevar por la gratitud y el entusiasmo que en él había despertado Calderón —a quien era deudor de favores que noblemente recuerda—, al hablar, en las *Memorias de mis tiempos*, de la generosidad del dramaturgo y comediógrafo y del ingenio con que alternaron sus réplicas y las de Ignacio Rodríguez Galván, cuando éste se disfrazó de Don Quijote y aquél de Sancho Panza, en el recorrido callejero de un carnaval inolvidable.

Más sereno en sus juicios aparece el otro de los dos primeros prologuistas de Fernando Calderón: José Joaquín Pesado, en las páginas, fechadas en México, el 23 de julio de 1849, que van al frente de la segunda edición, “corregida y aumentada”, de las *Obras poéticas*.

Después de afirmar que la “popularidad es compañera del verdadero mérito”, agrega: “En efecto, lo hay en las obras de Calderón. Se notarán en ellas algunos defectos, algunos descuidos, algunas incorrecciones; pero en cambio ¡cuánta poesía! ¡cuánta dulzura! y a veces ¡cuánto fuego! Su locución es clara, sus pensamientos exactos, sus pasiones nobles, y siempre caballerescos sus sentimientos. En ellos, como que se pinta o revela el alma del autor.”

Este último parecer, como se verá, arraigaría después en algún otro crítico. Pesado añadía: “Sus mismos descuidos son hijos de la facilidad; defecto común en los ingenios dotados de aquella rica prenda. El lector perdona los ligeros defectos que hay en la obra, en cambio del raudal de armonía que lo suspende.”

El poeta español José Zorrilla, en el capítulo III de *México y los mexicanos* —la correspondencia con Angel Saavedra, Duque de Rivas, incluida en *La flor de los recuerdos* (1855-1857), con tanto acierto exhumada por Andrés Henestrosa, en la Colección Studium—, al juzgar a Calderón, como poeta, sigue a José Joa-

quín Pesado, algunos de cuyos pareceres cita inicialmente.

Calderón, según Zorrilla, “versificó más limpiamente y con mejor prosodia que la mayor parte de los poetas mexicanos; sus diálogos son fáciles, y su dicción es generalmente poética, aunque sobrada de lirismo”.

Zorrilla cierra su parecer, con estas palabras: “Su buen carácter y sus virtudes sociales le hicieron universalmente querido, y su memoria vive justamente en la estimación de los mexicanos, que han acordado a sus versos una merecida popularidad.” Y concluye con frases justas de elogio para algunas de sus poesías.

El romántico vallisoletano pasó por México, apenas mediado el siglo XIX, cuando hacía apenas una década de la partida de Fernando Calderón: el recuerdo de aquellas virtudes cívicas —por ellas se enfrentó al dictador Antonio López de Santa Anna, con las armas y con la pluma— estaba aún vivo en la memoria de quienes trataron al poeta y vieron su espíritu reflejado en sus obras. Hasta Bernardo Couto y Marcos Arróniz llegan los ecos.

Un afectuoso desbordamiento puede advertirse a través de las tiradas que pone en labios de sus personajes —Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz e Ignacio Rodríguez Galván, entre ellos—, Francisco Macías, autor de la *Apoteosis de D. Fernando Calderón*, alegoría dramática escrita para representarse en el teatro Calderón de Zacatecas. El hijo del dramaturgo la recoge allí, al final de las *Obras completas*, publicadas en dos tomos, en 1882.

No sería posible que Fernando Calderón, hijo, tuviera como prologuista de ellas, la capacidad y el equilibrio de uno de los mejores críticos de su padre. Su Prólogo, muy breve —sólo dos páginas, en gruesos caracteres—, se ciñe al fin que lo guiaba: “el deseo, muy natural en un hijo, de que no se borren el recuerdo y la memoria de su padre”.

Tres años después de publicadas aquellas *Obras completas* —y la edición especial, zacatecana también, de las *Poesías líricas*, hecha “para premiar a la niñez”—, aparecía la primera edición de la *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México. Poetas*, por Francisco Pimentel.

El autor de la *Historia crítica de la poesía en México*, dedica en esa obra a Fernando Calderón un juicio más extenso que todos los precedentes: las treinta páginas de su capítulo XVIII —el último de aquellos en que examina individualmente a un poeta del siglo en que vivía.

En ese capítulo parte de las noticias biográficas, de procedencia ya señalada; recorre las poesías líricas, al examinarlas; da el juicio de algunos escritores sobre las obras dramáticas, y finalmente examina éstas. Su extensa labor exige atención más detenida. Pimentel —que antes reaccionó contra algunos aspectos de la obra de Menéndez y Pelayo— es el antecedente más próximo a la Antología y la *Historia de la poesía hispanoamericana*.

